

UN TRIUNFO DE NIXON

LOS países árabes rompieron sus relaciones con los Estados Unidos hace siete años; la visita, ahora, de Nixon, representa uno de los más espectaculares «renversement des alliances» de nuestros tiempos. En 1967, durante la guerra de los seis días y en los amargos tiempos de derrota que la siguieron, Nasser no vaciló en identificar a los Estados Unidos con Israel. Circuló la broma mundial de que los Estados Unidos eran un satélite de Israel; como todas las bromas, tenía gran parte de verdad en el sentido de que gran parte de los centros de decisión de Washington, y todos los de opinión, estaban y están influidos por judíos. Quizá si la Unión Soviética no hubiese intervenido, Egipto habría atacado algún navío, algún avión de los Estados Unidos. Las armas que exterminaron a sus ejércitos eran americanas; los Estados Unidos continuaron suministrando armas y dinero a Israel, y en la batalla de octubre de 1973 el avance egipcio hubiese sido más rápido y más profundo, y la situación final hubiese variado considerablemente, de no haber mediado la rápida intervención de Estados Unidos desde sus bases en Europa e, incluso, la famosa movilización de alerta nuclear del 25 de octubre para evitar cualquier movimiento en favor de los árabes (y con objetivos políticos y diplomáticos sobre Europa) evitó cualquier posibilidad de cooperación internacional con los árabes. Y ha aquí que ahora, durante la semana anterior, Nixon se ha convertido en el héroe de los egipcios. Resulta ser el campeón de la paz. Probablemente millones de personas le han aclamado en El Cairo, en Alejandría; en Siria, la recepción ha sido más matizada, pero los resultados políticos muy similares (Arabia Saudita no ha dejado nunca de ser terreno propio, como Jordania). Se han leído pancartas increíbles, no ya desde un puro sentido de la objetividad, sino contando con los siete años de ruptura y las consecuencias para los árabes de la alianza de Estados Unidos con Israel. Se ha leído que «Dios ama a Nixon», que Nixon es «el hombre de la paz» y que ha convertido a América en «campeona de la paz». Se pueden atribuir estas palabras al énfasis árabe, pero hay pocas dudas de que están redactadas por el Secretariado de Propaganda de El Cairo. Como las que acogieron a Kruschchev en 1964. Nasser quizá se estremezca en su tumba, como parece reflejar una caricatura del periódico «Al Safir» (en el Líbano contestario), donde se ve resquebrajada la piedra tumbal de Nasser, como si su gran ocupante la hubiera resquebrajado desde dentro. Sobre todo, si leyera la prensa de El Cairo, donde compara las cantidades de manifestantes en homenaje a Nixon con los que se reunieron en el duelo de Nasser. Otros periódicos, otros países, se quejan amargamente de este cambio de política del que ha sido protagonista Sadat. Libia aprovecha para conmemorar el aniversario de la salida de las tropas americanas en las bases, nacionalizadas, que habían sido establecidas en su territorio. Las izquierdas, con la voz que les queda —en Egipto, ninguna— expresan su amargura. La paz, la paz de Nixon y de Kissinger, significa la pérdida de las esperanzas. Sobre todo, para los palestinos. Los palestinos aparecen en todas las conversaciones oficiales, y Nixon anuncia que ha dado instrucciones a Kissinger para que «se ocupe de ellos». Ellos preparan su dinamita, sus armas de comando. No les queda otra respuesta.

PERO la palabra paz obra milagros en países cansados y maltrechos de la guerra. Y los ofrecimientos. Dinero, armas, uranio enriquecido, tecnología. Una escena de «¡Bien venido, Mr. Marshall!». Sí, pero a escala multitudinaria. El dinero ha comenzado a llegar a Egipto por la vía del petróleo; esto es, por la vía de las compañías americanas que han entrado en el juego de la elevación de los precios del petróleo. Llegará ahora por los préstamos de los Estados Unidos. La URSS ayudaba a sostener la guerra, y poco o nada más: Estados Unidos ofrecen la riqueza definitiva. Y las armas, que no han de servir ya para combatir a Israel, sino para que los Gobiernos eviten la revolución social pendiente, de la que los palestinos representaban, a escala interárabe, la vanguardia. Nasser la contuvo. Nasser era tan anticomunista como antisionista, porque consideraba que el comunismo era enemigo de la religión islámica. Hay quien ha sostenido que la derrota de junio de 1967 se debió principalmente a que Nasser había depurado de comunistas y comunistas su ejército y se había privado así de sus mejores mandos. Pero Nasser buscaba una socialización —islámica, decía él—, una salida del régimen feudal de Faruk; Sadat ha dado la vuelta a esa política en unos años, y una cierta forma de feudalismo —un capitalismo muy poco matizado— ha vuelto a Egipto. Su sistema, sus orientaciones, sus nuevas políticas, debían tener como aliado natural a Estados Unidos. La guerra de octubre ha desencadenado el proceso. Desde ese momento, los palestinos la vieron ya como una manobra política: serviría para unos intercambios de terreno conquistado y para que la nueva paz consagrara la existencia del Estado de Israel, olvidando los intereses de

los palestinos expulsados. Ha servido, además, para acrecentar las riquezas de los productores de petróleo y para la manipulación por parte de los Estados Unidos de esta fuente de energía. Ahora, salvo el petróleo libio o el argelino, Europa ya tiene poco o nada que negociar con los árabes; lo que no haga por la vía de Washington no le será útil.

PARA Israel, el viaje de Nixon es satisfactorio. Quizá la nueva paz, de la que Nixon habló ya apenas posado su avión en territorio israelí el domingo pasado, podrá no consolar a los «ultras» que esperaban progresar en las conquistas (es decir, tendrán que aplazar sus designios sagrados para más adelante), pero tranquiliza a quienes prefieren una congelación de la situación actual a vivir bajo el continuo peligro de la guerra. Un comentario de la agencia francesa de prensa, fechado en Jerusalén, testimonio de la satisfacción general de los medios políticos judíos ante la aproximación de Estados Unidos y los países árabes: «Porque ese proceso sólo puede hacerse en detrimento de



Nixon, con el Rey Feisal, durante su reciente gira. Arabia Saudita, como Jordania, es uno de los incondicionales de Norteamérica.

la URSS; Israel prefiere ver desarrollarse en los países árabes la influencia de un país amigo, como lo son los Estados Unidos, mejor que el de una superpotencia hostil a Israel, como lo es la Unión Soviética.

PARA Nixon este viaje es un trozo de gloria entrevisto en medio del infierno en que vive. Vilipendiado en su país, rechazado en los países aliados, cada vez que hace un viaje a «terreno enemigo» —China, Rumania, París, en los funerales de Pompidou, y ahora, en los países árabes— encuentra los honores y homenajes que añora. Puede volver a Washington con un auténtico éxito diplomático en las manos. Lo ha explotado sin ningún escrúpulo. Su presencia no era en absoluto necesaria, y hasta se ha considerado como temerario el viaje en el momento en que los ataques arrecian contra él en Washington. Hubiera bastado con Kissinger para estos tratados: Nixon se ha apropiado del éxito y lo ha monetizado. Quizá no le valga de nada ante la naturaleza de las acusaciones que se hacen contra él y que cada día aprietan más la mano. Pero puede hacer subir el necesitado nivel de su popularidad. Y puede conquistarle en la historia el puesto de Presidente aperturista, del Presidente de la paz: en Vietnam, con la URSS, con China, con los países árabes. Con Francia. Quizá, y esa es su baza, con Europa.

NIXON ha citado a Europa para el día 26, en Bruselas. Hace dos años Nixon propuso una reunión de Jefes de Estado y de Gobierno de la alianza occidental para la redacción de una nueva Carta Atlántica de su invención —de la de Kissinger—; fue ásperamente rechazado, él y su Carta. Había anunciado fechas para su viaje y luego las tuvo que anular. La vía de las materias primas, la amenaza nuclear de octubre, los juegos



En Siria, la recepción ha sido más matizada que en Egipto, pero los resultados políticos muy similares. En la foto, el primer mandatario norteamericano con el Presidente sirio, Nafed Assad.

con el oro y la moneda y la dramatización de las situaciones en Europa han mostrado finalmente quién manda en la alianza. Ahora, Giscard, Wilson y Schmidt le son leales; ahora, Italia (véanse págs. 8 y 9) le debe haber salido de su crisis. Y ahora, después del viaje a los países árabes, se sabe ya quién domina la fuente del petróleo. Y el viaje a Moscú de

fin de mes indica claramente quién tiene todas las claves de la coexistencia, y cómo se reparten las zonas de influencia en el mundo. La Carta Atlántica, con retoques, con arreglos verbales, está prácticamente redactada. El martes y el miércoles de esta semana se ha visto en la Asamblea General de la OTAN, celebrada en el Canadá (un país también llamado al orden: el independentismo de Trudeau con respecto a los Estados Unidos le ha costado el Gobierno), y podría ocurrir que cuando estas líneas se publiquen estuviese ya redactada y dispuesta para la firma; entonces, se firmaría el 26 de junio en Bruselas, en una reunión propuesta ya para las doce de la mañana, si es que los Gobiernos europeos aceptan (se está tratando esta cuestión en las cancellerías a estas horas); y aunque esa reunión considere a todos los países firmantes como iguales, no cabe duda de que la presidencia invisible la tendrá Nixon, y el éxito visible será el suyo.

PODRA entonces ir a Moscú no sólo en tanto que Presidente de los Estados Unidos, sino como jefe de la alianza occidental. Dicho de una manera más cruda: en tanto que jefe imperial, que ha sujetado sin gran esfuerzo a las provincias díscolas y que puede esgrimir esa fuerza en sus negociaciones con el imperio rival.

ES cierta la interpretación israelí de que estos últimos movimientos de Nixon se están haciendo en detrimento de la URSS. No sólo en el contexto árabe, sino en el europeo, o en el global. Hasta qué punto violan unas convenciones mutuas que pudiera haber entre Estados Unidos y la URSS es algo que, por el momento, no se sabe; o hasta qué punto las confirma, si se trata de un reparto ya existente de zonas de influencia. Lo cierto es que Moscú, que antes acogía la visita de un Presidente de los Estados Unidos como un verdadero regalo del cielo, muestra ahora una horrible frialdad ante esta visita de Nixon. A Kissinger, en sus conversaciones previas con Gromiko, le está costando un gran trabajo llegar a conseguir algunos acuerdos previos que jalonan el viaje de Nixon. Le está costando trabajo, también, convencer a algunos senadores hostiles que desbloqueen la enmienda (del senador Jackson, apoyada por Javitz y Ribicoff) que evita la consideración de nación más favorecida a la URSS en los acuerdos comerciales (los senadores son judíos; su condición para desbloquear esta cláusula es que la URSS mejore las condiciones a sus judíos). La URSS tuvo un gran interés en ayudar a Nixon a que saliera de sus apuros de Watergate en el momento en que Nixon jugaba la carta de la apertura soviética; ahora que ha vuelto a su política imperial, la URSS ya está interesada en favorecer el «impeachment». En un discurso pronunciado el día 10 de junio en Minsk, Gromiko ha explicado que «es prematuro» decir que la profundización de relaciones entre la URSS y los Estados Unidos tenga ya un camino definitivo, y que existen en los Estados Unidos «muchos enemigos de la mejora de estas relaciones». Moscú teme, por otra parte, que el «impeachment» de Nixon pueda convertir en este mismo verano a Nixon en un interlocutor inútil.

DESDE el punto de vista de Washington —sobre todo desde el de la opinión pública— el Presidente ha conseguido unos éxitos muy importantes: pueden coronarse el 26 en Bruselas, si finalmente se celebra la reunión, y en los días siguientes en Moscú. Pero falta por saber si se trata de una política coherente, de una reconstrucción sólida del imperio perdido, o de un esfuerzo puramente personal, por mejorar su situación; y si el heredero de estos triunfos será, finalmente, un Kissinger que salte por encima del cadáver de Nixon y continúe sirviendo al nuevo Presidente de los Estados Unidos, si la caída llega. ■



Nasser identificaba a los Estados Unidos con Israel. Ahora, con Sadat, Nixon se ha convertido en el héroe de los egipcios. (Nixon y Sadat, con sus esposas, junto a una de las pirámides.)